

AMERICA EN LAS TRES MAYORES AVENTURAS DE LA HUMANIDAD

Las aventuras humanas, como las arenas del desierto, son innumerables; las de la Humanidad, en cambio, son, como los sistemas orográficos, singulares y complejas. Ascensos y descensos, plegamientos y fracturas, granitos y rocas, eras y períodos, volcanes y colinas, todo está allí como un símbolo cósmico, en cada aventura de la Humanidad. Y son tres, quizás, las mayores. La primera es aquella en que la Humanidad logra conocerse a sí misma, navegando hacia el Oeste por la ruta de Colón y hacia el Este por la de Vasco de Gama y Magallanes. Veinte siglos hacía que la Humanidad buscaba acuciosa su física realidad en relatos de navegantes y exploradores, soldados y comerciantes, geógrafos y filósofos; en mapas y periplos, manuscritos y leyendas. Habían llegado alguna vez a Islandia, la *nebulosa Thulé*, emigrados dinamarqueses y monjes irlandeses; y a Groenlandia, la *tierra siempre verde*, audaces vikingos. Leif, hijo de Erico el Rojo, había arribado a Vinlandia, la *tierra de los pámpanos*, América, precediendo en cinco siglos a los aventureros de Palos. ⁽¹⁾ Y no deja de admitirse que aún antes, otros habrían raptado los arcanos del poniente. El *ecumene*, la tierra habitable, se extendía al Este hasta las costas orientales del Asia y finía en Ja-

(1) Islandia fué descubierta en 865 por el dinamarqués Gandor; Groenlandia en 877 por el noruego Gumbign y poblada por Erico en 986; Biarne y Leif, hjo éste de Erico, reconocieron las costas de América del Norte en el año 1000, seguramente.

pón, la lejana Cipango de la crónica de Marco Polo; al Oeste en las Azores, las famosas islas de San Barandán; al Norte en las soledades grises de Murmania y al Sur en el luminoso cabo Bojador, el *Capus finis Africae*, antecámara del infierno, terror de los más templados marineros. . .

Todo lo demás era *anti-ecumene* para los sabios y caloriente *fin del mundo* para los profanos. Faltábale a la Humanidad el sentido de la estructura planetaria, es decir de su propia estructura material. Careciendo del elemental conocimiento de sus formas y aptitudes físicas, sus conquistas tenían que ser lógicamente efímeras y reversibles. Rebotando en las fronteras regionales o locales en que se plasmaban, retornaban prestamente a sus moldes primitivos por hastío o exhaución, reabsorbiéndose en el fanatismo que caracteriza a los estados de decadencia o de barbarie. La fe religiosa, ese diáfano e indefinible sentimiento de la vida tolerante, individual y colectiva, caía inclusive sustituida por grotescos fetiquismos, imposturas, negaciones y contradicciones que impedían la generalización de los principios indiscutibles que deben regir en la hermandad universal.

Cien veces o mil la Humanidad creyó palpase totalmente, adquirir la noción de su ser substancial, y otras tantas cayó en el desengaño aunque nunca en el renunciamiento. Es que aún en el fondo abismático de aquellas noches, la inteligencia se estremecía en fulgores que no por débiles dejarían de encender renovadas esperanzas. La astronomía, por ejemplo, que en Asiria y Babilonia había florecido en los doce signos zodiacales, seguía prometiendo un mundo vasto, que en no escasa extensión palparan fenicios y cartagineses. La cosmogonía griega, poética y fecunda, encendió su tea en aquellas remotas concepciones produciendo, al sobrevenir la emoliente decadencia asiriobabilónica, un feliz rejuvenecimiento del espíritu en la portentosa geografía jónica. Seis siglos antes de J. C., Anaximandro publicaba el primer *mapamundi* de que haya memoria. Dos siglos después Heródoto lo rectificaba en su triple condición de geógrafo, historiador y viaje-

ro. La intuición de la esfericidad tímidamente esbozada en períodos antiquísimos, adquirió con la filosofía de los pitagóricos una impresionante tangibilidad. Era la inteligencia agitando su flámula a través de los siglos. Más tarde Eratóstenes reconstruyó sistemáticamente todas las experiencias geográficas conocidas, estudios que Polibio y Ptolomeo mantuvieron en vigor durante el relajamiento del imperio romano, en la célebre Biblioteca de Alejandría.

El auge de Roma obstruyó el desarrollo de las ciencias. Hasta la geografía, de inequívoca utilidad para los fines imperiales de dominio, cayó en retroceso. La magnífica sabiduría gestada en el Mar Archipiélago sólo iba a encontrar en la vesánica prosperidad romana, en cada arco de triunfo un sepulcro dorado y en cada César un sacerdote que la asistiera en su lenta agonía de grandezas materiales. Rebotando en sus amplias fronteras militares, aquellos pueblos volverían a los moldes primitivos y aquellas coruscantes apariencias se hundirían en las tremendas abyecciones paganas que preludiaron a las densas tinieblas del medioevo.

La geografía en la edad media yace sepultada en la nocturnidad moral de un continente, bajo los escombros de una espantosa lucha de apetitos, vanidades y sofismas. No le está permitido a la Humanidad intentar la prosecución de su propio reconocimiento sino por medio de la Fé, con mayúscula y acento. La Fé debe ser el elemento básico de todo saber: *creo, luego sé*. El poder cesáreo, que edifica su autoridad en la fuerza militar y económica, no quiera ceder ante el poder espiritual que comienza a extenderse con el cristianismo. Es su enemigo porque los principios cristianos se sustentan en preceptos que minan los territorios del emperador. El cesarismo persigue a los iniciados de la nueva religión, no por nueva, sino porque los fundamentos que le sirven de apoyo excluyen el odio entre los pueblos y las razas y obligan al amor, a la libertad y a la justicia. Pero los cristianos se organizan y desde Gregorio VII hasta Inocencio III la Iglesia no cesa de buscar los medios necesarios para someter el poder temporal al poder pontifical. Así

fué como la Iglesia triunfante se volcó en la política y se transformó en *Estado*. Las libres comunidades cristianas se asociaron bajo la férula papal del medioevo y se hicieron más fuertes que los príncipes de sus comarcas respectivas y tan fuertes como las mismas federaciones estatales. El *Estado pontificio* sometió religiosa y políticamente a los países paganos organizando alianzas y utilizando los recursos de la Fé, convertida en trazo de combate. No es de extrañarse que en dicho medio la geografía quedara aprisionada en la siguiente fórmula: *la Tierra es según el Génesis y el Génesis es según los exégetas autorizados por el Santo Oficio*. Quienquiera que osara escindir sus opiniones del aforismo teológico trocábase en hereje. Lo fueron, aun después del descubrimiento, Copérnico, Giordano Bruno y Galilei. Hasta los exégetas autorizados se cuidarían de incurrir en herejías. En resumen, los antiguos conocimientos del mundo languidecieron en ridículos comentarios monásticos que intentaban conformar pretéritas teorías y renovadas observaciones de la inteligencia con las tremendas sumisionse impuestas por el dogma.

No obstante, entre los años 1100 y 1300 varios aportes acrecientan el acervo geográfico. Es la llama de la inteligencia agitando su flámula a través de los siglos. El abate inglés Nekam osa escribir un compendio sobre la vida natural cuya complementación más audaz se encuentra en el tratado del franciscano de Oxford, Roger Bacon, relativo a cuestiones de geografía matemática.

En otro sector, geógrafos y viajeros árabes, como aquel Ibn Batuta que visitó la Meca, las costas africanas orientales y septentrionales, Egipto, el centro del continente negro, India, China y el archipiélago Malayo, y marinos como aquellos noruegos que precedieron a Colón, fueron sin duda los encargados de atizar el interés por estos asuntos durante el largo marasmo medioeval. Merece recordar al califa Almanun, que en el siglo XI mandara traducir al árabe, bajo el título de *Almagesto*, los trabajos geográficos del insigne Ptolomeo.

Mas el fanatismo popular permanecía ajeno a la tarea

de los sabios, circunscribiendo a la fábula y a la religión todas sus interpretaciones sobre el mundo. “Casi siempre — dice Kreschtmer— se suponía que el paraíso debía estar en cierto lugar de oriente; unas veces se pretendía que se hallaba en una isla, otras que en un monte elevado y rodeado de murallas y torres; bien en un monte aislado, circundado por llamas ardiendo. Con frecuencia se presentaba el paraíso con Adán y Eva, el árbol y la serpiente. Corrientemente se dibujaban también los pueblos de Gog y Magog, del Apocalipsis, pueblos que Alejandro Magno encerró en elevadas montañas para que no amenazaran al mundo con la destrucción”. Mezclábanse serias informaciones de la sabiduría griega con absurdas representaciones mitológicas, aún en libros de clérigos cultos: animales fantásticos, hormigas de tamaño de perros; grifos, serpientes de innúmeras cabezas y monstruos humanos como los *cinocéfalos* e *hipopodos*, individuos con cabeza de perros o con patas de caballos, *amazonas*, *sirenas*, hombres con un sólo ojo en la frente o con cuatro ojos en distintos lugares del cuerpo, otros sin nariz y otros más igualmente fabularios, todo lo cual producía un cerval temor por lo desconocido...

¿No era absurdo pensar que en los antípodas pudieran permanecer los seres y las cosas en inversa posición, sin caer en el espacio? ¿No era absurdo admitir que el sol, cuya marcha en redor de la Tierra podía apreciarse diariamente, con la máxima evidencia de los hechos que están ante los ojos, se estuviese quieto en su centro y que la tierra, por el contrario, girara a su alrededor como una cándida libélula? No era absurdo aceptar que las aguas de los mares permanecieran sin derramarse, en los tumbos siderales del planeta que concebían esos infelices forjadores de fantasías?

Tal era la atmósfera mental y anímica que debía sortear Colón. Esta es su indiscutible hazaña. Es el siglo XV. La teoría de la esfericidad yace a la vera del viaje que habrá de comprobarla, condenada y abandonada por herética y estúpida. Pero no está muerta. Crepita en la llama de la inteligen-

cia. Alguien va a encender en ella en esas vísperas la antorcha auroral de un mundo nuevo. No es Colón precisamente sino Paolo dal Pozzo Toscanelli, genio anunciador del advenimiento.

Toscanelli demostró la factibilidad del viaje de circunnavegación con cartas marinas de admirable verosimilitud, a pesar de sus errores, y confeccionó un plan que sometió sin éxito, en 1470, a la aprobación de posibles protectores. Romántico, carente de ambiciones para sí, algunos años más tarde, enterado de las gestiones de Colón ante la corte portuguesa, confirmó plenamente en un gesto de conmovedora generosidad científica la factibilidad del proyecto, a tiempo que enviaba al que habría de ser más afortunado promotor, todos los antecedentes reunidos por él en sus frustradas solicitudes de apoyo, inclusive el mapa utilizado en la travesía. A partir de este hecho lo que pudo ser en Colón una ambición más o menos tesonera se convirtió en una agobiante obsesión.

Y bien, Colón no fué el descubridor de América. América se interpuso en su ruta y él no se resignó al suceso. Tal vez por eso la joven indígena, despechada, no tomó su nombre en los desposorios con la civilización que llegaba de trasmár. Colón fué un intuitivo obstinado, un utilitarista psicológico del tipo individual que tuvo el mérito y el premio de la perseverancia. Su pupila alerta se iluminó con los fulgores de la llama que alentaba en él mismo. Su oído agudizado captó el tema difuso de los puertos; y su valentía y perspicacia le permitieron horadar pacientemente la acerada carcasa de los prejuicios para encajar en ella la inquietud esencial. Anduvo con su alegato a cuestas procurando convencer a reyes y pinzones, obispos y capitalistas en un negocio pingüe como sería el de comerciar en especias, sedas y perfumes, sin riesgos de piratas y beduinos, y sin gabelas de príncipes musulmanes. No hay documentos que demuestren que su cometido fuera de linaje espiritual. Por el contrario, sus desacuerdos con la corona portuguesa se concretaron a los beneficios que la empresa pudiese deparar, cargos y mercedes para el caso. Gran astu-

cia demuestra el haber elegido instantes de júbilo y optimismo como los provocados por la caída de Granada para presentar formalmente, por conducto del confesor de Isabel, su madurado y pertinaz proyecto. “Delenda est Portugal”. Y claramente denuncia en la primera comunicación que parte de *Indias* para los soberanos, su voluntad excluyente de retribuirles con riquezas. No las encontró en especias, sedas y perfumes.

Pero si hay deméritos en aspectos que a la historia no le está permitido deformar o desechar, nadie podrá arrebatarle jamás al *Gran Almirante* las insignias gloriosas que lució en la aventura; en la primera de las tres mayores aventuras de la Humanidad, aquella en que la superstición queda deshecha, conocido el planeta y avenada la mente para el cultivo de las más nobles aptitudes de la especie.

La segunda gigantesca aventura de la Humanidad concierne a la conquista de la libertad como derecho indiscutible e inagenable, de un hombre o de un pueblo. ¿Qué papel le reservaron a América los designios de la historia en este admirable proceso afirmativo de la condición humana?

Si decimos que América se interpuso en el *camino de las Indias* es porque compartimos el juicio que aconseja forjar concepciones históricas estrictamente americanas acerca del descubrimiento. Va en ello un deber hacia la humanidad. No tenemos deudas de lealtad con ningún imperio pretérito o futuro, como no sea el imperio de la justicia universal. No fuimos arrancados de la barbarie indígena, de nuestra edénica barbarie, por hazañas que puedan computarse al medioevo, como lo pretenden falsos cultores de una falsa hispanidad y como lo asienten abstrusas y neuróticas doctrinas de retorno. Una de esas doctrinas pretende explicar con sofismas y ambigüedadesseudocaballerescas yseudorreligiosas que los descubrimientos, proezas y adelantos de los siglos XV, XVI y XVII constituyen el fruto sazonado del régimen social y cul-

tural del medioevo. Cuidaos los que no cultiváis el conocimiento del pasado, de semejantes supercherías, porque la verdad es que la etapa histórica llamada *renacimiento* que remata al medioevo, no involucra otro sentido que el de una formidable reacción de todas las capacidades humanas para sortear el trance de agonía de una civilización encaminada a un destino indescifrable. El sabio, el artista, el fraile, el soldado y el aventurero que otorgan carácter al renacimiento, no traducen sino la réplica de la inteligencia a diez siglos de ignominias.

América, pues, se interpuso en el camino de las Indias. En la carta de Toscanelli se mencionaban imprecisamente islas y distancias. Las carabelas encallaron en un continente. América se presenta por sí en la hora del renacimiento, comandando a este período de contenido universal. Cuando la Humanidad va a palpar por primera vez sus formas y dimensiones presentidas adquiriendo la indispensable noción de su ser físico, América surge de la inmensidad abismática y se hace presente en la aventura. Si América no se hubiera interpuesto, ¿cuántos siglos habría tardado aún la inteligencia humana en desmoronar los bastiones de la ignorancia? Fracasados los cálculos, si Colón no hubiese regresado a sus playas de origen, ¿qué nuevos prejuicios no habrían sobrevenido? Triunfante esos prejuicios, ¿cómo habrían podido evolucionar la ciencia y la técnica? Con la aparición de América un estrépito de sofismas hiende los aires al saltar, pulverizadas, las supersticiones. Si se hubiera comprobado por otros medios la teoría de la esfericidad y determinado la distancia real que separa la costa europea de la costa asiática, ¿habría Colón tentado la proeza?

La segunda gigantesca aventura de la Humanidad entra en su fase crítica con el descubrimiento de América. El hombre europeo no lograba canalizar sus esperanzas de redención física y moral. El cristianismo las alentaba, pero las iglesias, debatiéndose en cismas y procurando superestructurar sus respectivos poderes sólo prometían retribuciones celestiales. Los utopistas perecían en cárceles y degolladeros. El feudalismo

—nombre que distingue al capitalismo medioeval — era la coyunda del hombre europeo, a quien no le estaba permitido ni siquiera soñar con la república. Al hombre europeo del medioevo le está vedado pensar en la libertad: la religión se lo censura y el amo se lo prohíbe. Debe ser dócil y paciente. Los intérpretes de la política y la historia son protegidos del príncipe que dice por boca de ellos: *el Estado soy yo, el Derecho soy yo; después de mí, solo Dios.*

En América, selvática en casi toda su extensión, la lucha por la libertad humana se escribe en otros términos. Los indios acogieron confiados a los blancos que emergían de las aguas como semidioses despertando astutas simpatías en cada arribada. Pero en seguida despuntaron las emulaciones feudales, el trasvase feudal, desmejorado en el aventurero inculto que exigía brutales servidumbres. El primer choque se produce entre la guarnición dejada en Haití y los indios despojados de objetos y alimentos, en 1493. Cuando llega Colón en el segundo viaje halla destruido el hechizo y aniquilados sus hombres. La lucha se continúa en Cuba, entre los agricultores ensoberbecidos con sus armas de fuego y sus perros amaestrados, y los indios desilusionados y ofendidos. Donde vaya la conquista la pugna se generaliza por las mismas causas, sobre todo cuando el mito del oro y la plata se clava como un dardo en la imaginación aventurera.

América no rechazaba a Europa. Este es el testimonio imborrable de la primera época, cuando el indio, confiado y leal, no figuraba en las crónicas con el estigma de *ladino*. Pero el europeo, venido de la abyección del vasallaje, ni siquiera advertía la magnitud de sus ofensas. “La verdad es —dice el ilustre Story— que las naciones europeas no tuvieron el menor miramiento por los derechos que amparaban a las tribus indígenas; que las trataron como a bárbaras e idólatras, pues si no estaban facultadas para exterminarlas, debían al menos considerarlas como meras ocupantes de su suelo”. “Empero —agrega— los descubridores afectaban regirse sólo por el deseo de propagar el cristianismo, ayudados ostensiblemente por

toda la influencia del poder pontificio, siendo su verdadero objeto extender su propio dominio y acrecentar su riqueza, apoderándose de los tesoros, al propio tiempo que de los territorios del nuevo mundo. La avaricia y la ambición fueron el objeto final de sus primitivas empresas”. Por eso la segunda grande aventura de la Humanidad iba a encontrar en la inmensa heredad americana su imprevisto escenario.

En efecto, defendiéndose de robos y sojuzgamientos, los indios fertilizaban con su sangre, sin saberlo, los postulados de la democracia para el mundo entero, y eso lo hacían cuando el mundo, probadamente esférico, se preparaba para dar resonancia planetaria a sus conquistas. Cien años después del desembarco de Colón todavía quedaban indígenas confiados en la costa atlántica. Barlow y Amidas, exploradores de América del Norte describen así, en 1584, a los naturales de la región de Carolina: “Divisamos una aldea de nueve casas, todas de cedro. La entrada de cada una de esas viviendas era una especie de barrera artísticamente hecha. Cuando nos dirigimos a aquella aldea, hallándonos ya cerca de la margen del río, la mujer de Grangamino, hermano del rey, vino corriendo a nuestro encuentro, recibiéndonos placentera y amistosamente. Como su marido no se encontrase a la sazón en el pueblo, dispuso ella que algunos de los suyos sacaran nuestra lancha a la playa para librarla del embate de las olas; mandó a otros que cargasen con nosotros y nos pusieran en tierra, disponiendo también que llevasen los remos a su casa por temor de que los robaran. Cuando entramos en la habitación de aquella mujer, nos hizo sentar junto a un buen fuego; quitónos las ropas, las limpió y las puso a secar, mientras sus criadas nos lavaban los pies con agua caliente, afanándose ella misma por verlo todo arreglado de la mejor forma posible. Después que nos hubimos secado, condújonos a un cuarto interior donde puso sobre la mesa, colocada a lo largo de la pared, un potaje parecido al frangollo, venado cocido y asado, variedad de pesca, melones, raíces y frutas de diversas clases. Nos trataron con grande afecto y amabilidad y con tanto cariño, a usan-

za suya, como les era dado discurrir. Encontramos en ella *la gente más afable, bondadosa y leal, exenta de toda doblez y traición*, viviendo cual pudieran hacerlo los hombres en la edad de oro''. ¿Sería mejor la impresión que recogiera un viajero en pleno siglo XX en la aldea más culta y más plácida de Europa? Ocho décadas atrás Colón había suscrito parecidas palabras al desembarcar en Haití. Mas un año después de fechada la crónica de Barlow y Amidas. Ralph Lane, otro explorador británico, mandaba a quemar y a saquear una de aquellas aldeas para vengar el hurto de una copa de plata, atribuido a un indígena que le había acompañado fielmente en un viaje de ida y vuelta a Inglaterra. ''Tras aquel primer ejemplar de inmotivada crueldad —dice el historiador Spenser— que experimentaron los indios por parte de los europeos, ansiosos de desembararse de los colonos, a quienes ya aprendieron a odiar y a temer, empezaron a confabularse secretamente contra ellos''.

La crueldad y el sensualismo fueron sin duda mayores en América Española. Harto demostrado está. Pero ni la traición de los clérigos descastados, ni la voracidad de los encomenderos, ni el mandoble de la soldadesca, ni la esclavitud, ni forma alguna de su padecimiento y su vergüenza contrarrestaron la voluntad ingénita del indio, de ser libre y digno dentro del tipo rudimentario de existencia social que regía en su tierra. Sólo cabía la muerte, el exterminio total del hombre americano para aplacar su dignidad, que los sátrapas llamaban *inadaptabilidad, negligencia, vanidad o inconciencia*.

Descuajados de la América del Norte, el designio de la libertad de los indígenas se alojó en el alma de los hijos sin mezcla de las inmigraciones rubias. Ellos continuaron la brecha e infligieron a su metrópoli humillantes derrotas. Cruzadas las indias en América Española, fueron sus hijos los que llevaron adelante con mayor abnegación la segunda inmensa aventura de la Humanidad, aquella en que la libertad es afianzada en el mundo como un derecho, no como una concesión piadosa o interesada del monarca o del amo.

A tres siglos de la arribanza en Guanahaní y a algo más de dos siglos de la llegada de los peregrinos de la "May Flower", América reivindicó con la libertad de sus pueblos, la libertad del continente cuyas castas feudales pretendieron inmolarla. Fenece el siglo XVIII y asoma el siglo XIX. Poetas y filósofos ensalzarán en Europa el nacimiento de la república americana del norte. Los estados de Platón, subyacentes, desperezarán de su sopor de veinte siglos. Parecerán verdades las utopías de Moore, Servet y Erasmo; verdades los ideales de Rousseau. Cunde la emulación. Otras repúblicas emergerán, aunque sólo fuere imperfectamente, al romántico anhelo de las revoluciones.

Caen los torreones del absolutismo. La Humanidad sentirá ahora, plenamente, su conciencia. Tuvo un atisbo de ella en Grecia y lo perdió en la noche de Roma; volvió a tenerlo en el cristianismo naciente y tornó a perderlo en las brumas medioevales. Ahora, terminada la física esclavitud de los hombres y los pueblos, la Humanidad avanzará en veinte décadas lo que no pudo en los sesenta siglos de su historia.

Esta de nuestro días es la otra de las tres mayores aventuras de la Humanidad, quizás la suprema: seamos optimistas. Si hasta el descubrimiento de América a las magnas conquistas del hombre les estaba impuesto volver a sus moldes primitivos, a partir de aquel acontecimiento la Humanidad no ha de ceder jamás en su progreso. Emigrarán las culturas bajo el chicote y la bota, languidecerán aquí o allá, pero ya no las aprisionarán hasta la agonía los poderes brutales de otras épocas. Adquirida la noción de su ser físico, destruida la superstición, afianzado en el derecho el sentido de la libertad, reanimada la ciencia y emulada la técnica, intercomunicadas todas las regiones del planeta, consolidados los principios básicos de la educación, la Humanidad se encuentra encaminada, contra todas las fuerzas negativas, a la definitiva conquista de su maravillosa historia: el imperio de la justicia universal.

¿Qué papel le está conferido a nuestro continente en la estupenda gesta que se inicia en el siglo XIX? Respondan los acontecimientos actuales y futuros. Pero haciéndonos eco, sin vanidad y sin falacia, de los dictados de nuestra tradición, formulemos resueltamente el vaticinio: América será brazo y numen en la conquista del imperio sin césares que vamos a saludar.

Consciente de sus defectos, asistida por la experiencia de todas las culturas, razas y credos, carente de los odios ancestrales que han asfixiado los más puros ideales de otros pueblos, América está en la acción. Su acción es *la guerra que está debajo de la guerra*. El hombre de América no ignora que sus repúblicas no han satisfecho el mandato de los forjadores; sabe que en muchos casos la libertad no es más que una ficción; no olvida que hay masas que gimen en la miseria en medio de la riqueza de su suelo; que hay ignorancia y sensualismo, cobardía y desamor. Pero así como nada le disuadió en tres siglos de lucha por la libertad, ninguna supervivencia de fanatismo o de fuerza, ningún desengaño, ningún falso espejismo le torcerá el camino de la verdad. Sin esta fe que podría parecer jaectancia, América habría sido una inmensa *guayana*; con esta fe, que no es sino una mística sin ídolos de barro, América está capitalmente en el destino de la civilización. Nunca como en estas circunstancias pudo invocarse un continente con más justo sentido de los acontecimientos, para servir a los fines supremos de la Humanidad por sobre el interés y la arrogancia de las naciones, los estadistas o los caudillos.

En el imperio que adviene, América velará por la libre determinación de los pueblos, por su integridad y respeto en el concierto internacional y por el respeto absoluto a la personalidad humana. Será el centinela de un nuevo derecho: el derecho parejo a la salud, al descanso y al bienestar del hombre de trabajo donde quiera que se encuentre y cualquiera que sea su profesión; librerá la riqueza de los pueblos de las manos codiciosas de la usura y se hallará alerta para consa-

grar en la ley la atribución legítima de la juventud a la ciencia, al arte y al quehacer. Las guerras que América promoverá en el reinado del imperio universal de la justicia, serán de dominio de los ríos agresivos, del mar, del sol, de la atmósfera, de las rípidas montañas, de las enfermedades, el hambre y la fatiga. Si la guerra es necesaria en la biología de la especie, así serán las que desate América.

Se aúna América a esta definitiva aventura de la especie con su inquebrantable convicción cristiana. La adoptó el indio, que la conserva todavía en sus ritos, mezclada a las ruidosas divinidades de sus selvas, y la guareció el mestizo no obstante las ignominias de la conquista y la colonia. Con esta fe y con aquella experiencia, América marcha hacia el futuro como la hija del rey de la leyenda, no para arrancar hosannas sino para despertar silencios; inclusive al silencio que preside a los puros sentimientos religiosos.

América no finca en el poder sus anhelos superiores. Guiando tropas desde Virginia en nombre de Inglaterra, aparece el héroe de la independencia estadounidense. Las faltas y errores de la madre patria lo impulsan a la lucha por la libertad. “Washington no era republicano, ni tampoco los hombres que le acompañaron; pero había en ellos —dice Spencer— honradez, patriotismo y abnegación, y de esas virtudes cívicas debía surgir una creación nueva”. Así fué. Y luego, aludiendo a los bizarros jefes de la cruzada de Lincoln, expresa: “Shermann, Grant, Sheridan, ciñen el lauro: llevan sus manos la vencedora espada y no suben al capitolio a recibir los honores del triunfo, ni se les ocurre ceñir a sus sienes una diadema imperial. Dó está ese estado mayor de capitanes ilustres —pregunta— que tantos días de gloria dieron a la república? Miradlos —contesta— confundidos entre el pueblo, retirados al seno de sus familias, vueltos a sus tareas pacíficas e industriales: unos ejerciendo el comercio, enseñando otros a la juventud; éste frente a una fábrica de cerveza, aquél empleado como capataz de obreros en un modesto taller”.

Eludiendo a la fácil carrera y a los tempranos halagos

llega un joven comandante criollo a la *gran aldea* argentina en 1813. Es San Martín. Las faltas y errores seculares de la madre patria le impulsan a la lucha por la libertad, no de un pueblo sino de todos los pueblos de América. San Martín no era republicano, ni tampoco muchos de los hombres que le acompañaron; pero había en ellos honradez, patriotismo y abnegación. Cubrió de laureles los altares de la patria y cuando el poder que le ofreció, buscó en las lejanías austeras y tranquilas el estímulo sedante de su propia conciencia.

Con tales caracteres grabaron los auténticos capitanes de América el capítulo de las glorias continentales. Colonos de Pensylvania, llaneros venezolanos, gauchos argentinos integraron las legiones victoriosas de la libertad, sanas, corajudas, sin gestos neuróticos ni corazas mecánicas. Antes que ellos, Cautopolicán, el indómito jefe del Arauca y Atahualpa, el inca celoso de la dignidad de los muiscas, trazaron a flechazos la trayectoria de nuestro deber. Por esa senda vamos, indisolublemente unidos, los pueblos vertebrados por la gran cordillera. Unidos contra nadie y para bien de todos. Unidos a pesar de los sembradores de recelos y a despecho de grupos interesados, encaprichados o simplemente contumaces: por esa senda y con estas ilusiones, juventud americana!

No importa que el escepticismo nos moteje de utópicos, que ante nuestro idealismo sonrían irónica o sarcásticamente el rencor o la sevicia. No importa que en nuestro propio hogar sobrevivan minorías incapaces de confiar en la inteligencia y en la libertad de los pueblos. Sigamos. Sigamos con denuevo. Sigamos siempre, que las utopías son la más hermosa predisposición del espíritu, sobre todo cuando florecen en hombres capaces de hacer algo por verlas realizadas... Utopías se denominaron aquellas pretéritas concepciones del universo; utopías los sueños de Colón; utopías la manumisión de los esclavos y los derechos del hombre; utopías las grandes intuiciones físico-matemáticas, la descomposición atómica, las ondas etéreas, la electricidad, el dominio del aire y del mar. Los que acá o allá rehuyan por utópicas a las esperanzas de Amé-

rica y sólo vean en ésta un propicio escenario de lucro o de mando; los que sigan creyendo que “hacer la América” o “salvar la América” es la única misión que les asiste en este suelo, están equivocados y deben rectificar su conducta. Deben rectificarse porque América está hecha en sí misma y no espera que la hagan sino que se la respete en su misión; ni necesita salvadores nacionales o internacionales puesto que hermanada y fuerte en sus profundas convicciones, se basta y se sobra para cumplir su destino, que no es de agravios, ni de asfixias, sino de absoluta solidaridad humana.

Continuemos. Tengamos fe en que no han de resultar utópicos los anhelos de Sarmiento y Horacio Mann, acerca de la educación popular; ni los reclamos de salud, vivienda, alimento, vestido y descanso a que tienen derecho parejamente todos los seres humanos como condición anterior a sus obligaciones materiales y morales. Si éstas fueran utopías, adelante con ellas, juventud de América!

Y ahora saludemos la fecha nueve veces semicentenaria del milagro o la hazaña. Milagro o hazaña, sea del *Gran Almirante* el honor mayestático del primer encuentro. Mas sea de América, de las juventudes de América, la convicción de haber sido brazo en la aventura de la libertad, y de ser mente y espíritu en esta última y definitiva aventura de la Humanidad, que pretende instaurar el imperio sin césares de la justicia universal.

PEDRO OSCAR MURUA
